

Capítulo I.

“Las más célebres historias se cimentaron sobre las grandes proezas de seres anónimos, que por su voluntad trascendieron más allá de su muerte.

La mayoría relata los sentimientos y motivaciones de quienes alguna vez pasearon por Nhom.

Mortales e inmortales, de todas las razas y lugares, estuvieron y estarán unidos con lazos que van más allá de toda comprensión.

Los sucesos de antaño resurgen de las nieblas del olvido, se hacen tangibles y perceptibles para todos los sentidos”.

El nacimiento de un nuevo ser era un motivo de regocijo general, pues no se producía con frecuencia; pero cuando la Tainerin¹ Aymriel le comunicó a Ikepnell, en el mismo momento de su alumbramiento, que su hija poseía el extraño don, su alegría fue matizada con algo de pesadumbre.

La noticia no la sorprendió pues, durante el periodo de gestación, había experimentado visiones de sucesos que estaban por ocurrir, y ese don nunca lo había desarrollado a lo largo de su dilatada vida.

La revelación implicaba que, llegado el momento, su hija sería tomada bajo la protección de la Tainerin para cumplir su formación y destino, lejos de las montañas Inerash. Se convertiría en una errante sin nación, clan o familia. No obstante, se criaría entre seres semejantes que le ayudarían y protegerían.

Era su única descendiente y no tendría más. No creía ser capaz de engendrar otro en el futuro, no por una incapacidad biológica, aunque en su pueblo eran considerados antiguos y su raza gozaba de una existencia milenaria, más bien se trataba de una cuestión de ánimo: En el pasado tuvieron dos varones, que murieron por la espada en tierras lejanas, debido a una veja alianza entre humanos y elfos.

A los pocos días del nacimiento realizaron la ceremonia por la cual, se le atribuía el nombre al recién llegado. Era un acontecimiento muy importante pues pensaban que el nombre marcaba la vida y el destino del portador.

En circunstancias normales la ceremonia hubiera sido conducida por los progenitores y por los antiguos miembros del clan, pero aquella vez fue Aymriel la que tomó esa responsabilidad.

- “Eariandes” dijo después de meditar largo tiempo.

El nombre escogido pertenecía al espíritu que creaba los sueños según las

¹ Iluminado.

leyendas, y auguraba un gran porvenir a la recién nacida. Sólo les quedaba resignarse para poder disfrutar de esas décadas junto a ella.

Los años transcurrieron lentamente y aquella criatura de piel nívea, cabellos dorados y ojos grises como el acero, se convirtió en un ser risueño e inquieto; cualidades poco habituales entre la gente de su pueblo.

Tanto Ikepnell como Nerell se esforzaban en educarla en la rectitud de acción y de pensamiento; encauzar su sobreabundante actividad hacia labores más sosegadas.

Los miembros venerables del clan comentaban que el espíritu de la infanta era brillante como una llama, arrolladora y voraz; un espíritu que se desbordaba de la materia en la que estaba constreñida. Su presencia llenaba el lugar donde allí estuviera, así como su risa. Era algo excepcional.

A menudo los de su arboleda se referían a ella como *Algazara*, *Llama Rutilante y*, aunque la miraban temerosos, la amaban en la distancia. En cambio, los de su generación la observaban con pavor mientras hacía alguna de sus travesuras. Por ello, la soledad era el estado habitual de Eariandes, ya que los de su edad le parecían anodinos.

Debido a esta circunstancia, conocía todos los seres que habitaban en las montañas Inerash y en los bosques que se encontraban entre ellas: el gran valle Inerduim. Su saber se podía equiparar al de los elfos adultos. Además, era capaz de conversar con los espíritus de la naturaleza. Entendía perfectamente el lenguaje de los animales e interpretar sus actitudes.

Jugueteaba casi siempre con los lobeznos mientras eran vigilados estrechamente por los agudos ojos de su madre. Corría descalza con ellos a través de la espesura del bosque hasta sus límites. Eran animales a los que se sentía irremediamente unida.

Compresiblemente, sus ascendentes familiares se mostraban muy preocupados por los peligros a los que voluntariamente se exponía. Mantenían con ella interminables conversaciones que versaban sobre los peligros que existían más allá de los límites no trazados del clan. No obstante, le parecían tan irreales que no causaban en ella ni la más mínima aprensión; por lo que siguió con sus juegos y costumbres sin hacer caso de las advertencias.

Extrañada miró a su alrededor al sentir que estaba sola. Llevaba las manos llenas de bayas maduras. Sus amigos lobos se habían escondido y no lograba hallarles. Caminó despacio y agudizó la vista. Olisqueó el aire en busca de su olor sin resultado. En cambio encontró en él un perfume diferente que no había percibido antes.

Caminó con precaución hacia el lugar que expedía esos efluvios: Era una amalgama entre sangre, sudor y suciedad unidos a un olor agrio. Al acercarse pudo observar a un ser humano adulto que intentaba esconderse en un matorral, seguramente, al percibir que alguien se aproximaba. Se arrastraba lastimosamente en vano.

Su pequeño corazón se conmovió. Si alguno de su clan lo encontrara moriría. Estaba prohibida la entrada a personas ajenas a los elfos a las zonas más profundas del bosque de Inerduim.

La curiosidad hizo que la prudencia se relegara al fondo de su mente. Quería saber más de esas criaturas efímeras que devoraban la vida, llenas de pasiones incontrolables de las que había oído hablar. Se acercó lentamente sin miedo para examinarlo más cerca.

Las fuerzas habían abandonado al hombre mientras se desangraba. Dejó de intentar esconderse y se giró con mucho esfuerzo. El moribundo sostuvo su mirada.

Sus ojos eran tan parecidos a los suyos. Sentía que la hipnotizaban; que llamaban a algo que estaba profundamente dormido a las puertas de la conciencia, algo que empujaba hacia delante, que palpitaba.

La magia de aquel instante se interrumpió en el instante en que aquel ser extendió sus manos ensangrentadas y se aferró a su tobillo. Fue como si una descarga saliera de ellas y le recorriera el cuerpo dando coletazos. Inconscientemente dejó caer las bayas al suelo:

- Ángel de resplandeciente luz, llevadme en vuestros brazos hacia el otro lado del velo. Alejad de mí el dolor... – dijo en un susurro agónico.

No entendía esa extraña lengua. Pero sentía que le estaba pidiendo ayuda. Se arrodilló a su lado y le impuso las manos: una en el corazón y la otra en la frente; imitando lo que había visto y oído en su clan. Era una forma de mitigar el dolor y sanar...

- Que la gracia entre en ti y se derrame en tu interior. Que los rayos de luz desvanezcan la oscuridad que te rodea; que seque la sangre que mana por las aberturas de tu carne –era su voz la que pronunciaba las palabras, pero no era exactamente ella misma.

De repente su alma estaba repleta de un saber milenario que parecía haber estado allí antes de su propia existencia.

-¿Ya estoy muerto y no me he dado cuenta? – Sus pupilas cobraron un extraño brillo y sus miembros renovadas fuerzas tras unos instantes– doy gracias a los dioses que han enviado a su ángel para salvarme.

Era muy extraño. Cuando la mano del hombre entró en contacto con su piel, sintió cómo se deslizaban en su mente unas imágenes que no tenían mucho sentido. Parecía que estuvieran desordenadas o que desconociera la clave para descifrar todo su contenido.

- Debes marcharte de este bosque, pues si no lo haces morirás en él. Yo te guiaré por caminos seguros hasta el linde que me está permitido.

Se sentía más llena y a la vez cansada. Era como si hubiera envejecido de repente y el conocimiento de millones de años de existencia se posara de golpe sobre sus hombros. Una energía recorrió su cuerpo. Y una inquietante desazón se grabó en su corazón a fuego.

- ¿Por qué me ayudas, espíritu benigno? Los dioses saben cuales son mis graves e innumerables pecados. No merezco su perdón... mi alma está condenada a la oscuridad eterna.

La observaba como si estuviera sumido en un sueño. Sus ojos brillaban. Se portaba como si hubiera visto una visión divina.

- Recoge las bayas; las necesitarás para el camino - No entendía lo que significaban las palabras, pero no hacía otra cosa que asentir a lo que ella le decía, fuera lo que fuese.

El hombre reaccionó unos instantes después como si se hubiera roto un hechizo. Sólo entonces vio los frutos maduros a su alrededor y se advirtió el hambre en su expresión. Se llevó todos los que pudo a la boca con avidez. Los que no pudo comer se los guardó en los bolsillos de su maltrecha ropa. Aguardo con paciencia.

-Gracias... - Eariandes asintió entendiendo lo que quería decir.

Luego, oteó a su alrededor y buscó en el aire algún indicio de su gente. Comenzó a andar en la dirección que intuyó más segura. Caminó despacio para que el humano pudiera seguirla sin demasiados problemas. A su paso tardarían días en llegar a los límites del bosque. Cuanto antes se pusieran en marcha antes llegarían.

Durante el camino el silencio y el distanciamiento se acomodaron entre los dos. Eariandes estaba conmocionada por las imágenes que había visualizado. Lentamente había ido captando alguno de sus significados: La visión le mostró cómo el hombre había llegado hasta allí y por qué estaba herido. Parte de la sangre que manchaba sus ropas y su cuerpo no le pertenecía. Aquel hombre aparentemente inofensivo, era cruel y despiadado. Aún le quedaban cosas por hacer, y estaba segura de que la mayoría reportarían un mal indescriptible a los que estuvieran a su alrededor. Pero presentía que su destino estaba ligado de alguna forma a su linaje.

Y sin embargo, a pesar de todos sus errores pasados y futuros, sabía que debía salvarlo. A pesar de que tenía la terrible sospecha de que, a la vez que ella le daba la vida, un descendiente suyo le daría muerte.

Era plenamente consciente, al pasar los días, de que estaba traicionando a su clan. Sentía el miedo que impregnaba el aire, el olor a quemado. Los árboles estaban aterrados. Entre el follaje se podía intuir la idea del fuego. Por ello encogían sus ramas y vibraban nerviosos ante su presencia. Los asociaban a las llamas y a la mutilación.

Los elfos estaban siendo atacados...

Con todo el dolor de su corazón guió a aquel hombre hasta la linde del bosque, esquivando a los elfos y camuflando el hedor de su furtivo compañero.

Nunca, hasta entonces, había cuestionado las visiones que había tenido; hasta ese momento. Siempre le habían parecido divertidas y le habían ayudado en incontables ocasiones. Empero, en esos instantes, deseó no haberlas tenido jamás. Se dio cuenta de la responsabilidad que implicaba ver lo invisible y discernir entre las brumas del tiempo. La soledad y la tristeza que ello conllevaba.

A su vez, el humano en el transcurso del viaje, después del aturdimiento inicial, percibió la naturaleza terrenal de Eariandes. Por esa razón tampoco hizo ningún esfuerzo para comunicarse con ella manteniéndose alejado. En sus ojos se podía observar el miedo y el recelo.

Al amanecer del octavo día, después de caminar sin apenas descanso,

estaban llegando al final de su camino. Ambos lo sabían por la proximidad de los árboles entre sí:

- Hasta aquí puedo acompañarte – le señaló la dirección por la que tenía que continuar – el resto del camino lo tendrás que hacer solo. Cumplí lo que debía. Que salves tu vida o no, únicamente te atañe a ti – El humano asintió mientras señalaba en la misma dirección. La observó largamente antes de pronunciar palabra -.

- Sé que no te volveré a ver – ella mantenía las distancias y su rostro inexpresivo – si supieras lo que en realidad soy, saben los dioses que me hubieras dejado desangrar como a un perro – Eariandes se perdió entre la vegetación con agilidad – ahora sé que mi misión ha sido bendecida por los dioses... – se arrodilló allí mismo y rezó con renovado fervor.

A su regreso, ella se fue encontrando con partidas que habían salido en su busca. No se molestó en esquivarlas. En un principio su gente creyó que se había caído por un risco o que había sido atacada por un animal. Luego, el miedo se había acrecentado cuando llegaron noticias de que en las ciudades noroccidentales del valle habían sufrido incursiones humanas que se saldaron con sangre y saqueos. Aunque habían logrado reducirlos, algunos supervivientes habían huido hacia las montañas. Varios miembros de su clan abatieron a dos hombres que se acercaron peligrosamente a su arboleda. Eso le había costado la vida a uno de los suyos.

En vano preguntaron qué era lo que le había sucedido. A partir de entonces, nadie más oyó su voz, ni sus risas. Deambulaba como ánima en pena y obedecía con extraña sumisión. Los antiguos del clan intentaron descubrir que le había ocurrido durante su desaparición, el porqué de su silencio y de su tristeza. Sus esfuerzos fueron en balde. Únicamente hablaba con sus padres en raras ocasiones; solamente para prevenirles de algún contratiempo.

Al transcurrir el tiempo Eariandes acentuó su introversión. Rehuía la compañía de sus congéneres y el contacto físico. Su clan acabó por aceptar su nueva personalidad dejando de insistir para que hablara. Había terminado abruptamente su infancia.

Algunos aseguraban que parte de la energía de su espíritu se había consumido impetuosamente eliminando sus excesos, para encontrar la serenidad y el equilibrio.

Un día de otoño, dos años más tarde, Eariandes les comunicó que Aymriel pronto llegaría a sus tierras. Tanto Nerell como Ikepnell sabían que significaba. Así que cuando la antigua Aymriel tocó a su puerta lo tenían todo dispuesto para darle la bienvenida. Engalanaron su hogar con flores y guirnaldas, y se vistieron para la ocasión.

Después de descansar y tomar algo de comida que le habían ofrecido amablemente, se dirigió sin más dilación a la joven, bajo la atenta mirada de sus progenitores:

- Bien Eariandes, ya has cumplido una edad aceptable para iniciar tu educación... – esperó a que respondiera pero no obtuvo ningún indicio de su parecer.

La joven estaba algo ansiosa pero lo intentaba disimular evitando encontrarse directamente con la mirada de la antigua. Ocultando un secreto que para su tierna mente era oscuro e inconfesable.

- ¿No tienes nada que decir al respecto?

- Sé que ha venido para llevarme con usted - la Tainerin asintió complacida.

- Entonces ya está todo dicho - se dirigió a sus padres - no estéis tristes. Allí a donde la llevo será feliz...

Cuando se alejaban de la casa de su infancia, Eariandes miró por última vez hacia atrás. Sus padres estaban el uno junto al otro de pie en la puerta observándola marchar. Quería memorizar ese instante para no olvidarlo jamás. Se quedó algo rezagada y sin darse cuenta se detuvo. Aymriel al no sentir los pasos de la niña tras de sí se dio la vuelta:

- ¿Quieres regresar? - Desanduvo lo andado hasta llegar a su altura-puedes si ese es tu deseo - no obtuvo respuesta - entiendo... - dejó la palabra suspendida en el aire para que surtiera efecto.

La niña la miró al ver que no terminaba de expresar la idea. Volvió a sentir el cosquilleo de la curiosidad. ¿Qué estaría pensando?

- ¿Qué es lo que entiende?

- La sensación que invade tu mente en estos momentos. La intuición de que si das un paso más y continuas por este camino, no volverás a verlos. Por eso te pregunto si quieres volver...

- ¿Puedo elegir?

- Por supuesto

- Pero he visto hace mucho tiempo cómo abandonaba mi casa con usted y que la próxima vez que regresara tendría mayor talla y más años - hacía mucho que no pronunciaba tantas palabras seguidas.

- Te voy a decir una cosa que quizás te sorprenda. Las visiones que tienes sobre el futuro se pueden cumplir o no. No hay un único futuro posible. Éste va cambiando según las elecciones que vamos haciendo a lo largo del camino -por un momento Aymriel intuyó un brillo de esperanza y de alivio en la mirada de la niña - puedes cambiar tu futuro si así lo deseas. Es tu elección.

- Entonces las visiones pueden no ocurrir... - se volvió a la Tainerin y la miró a los ojos. Sus ojos brillaban de emoción.

- No temas al futuro ni a la muerte, mi amor - Eariandes se sobresaltó con sus palabras - sí, puede que ocurra aquello que temes. Pero eso ahora no es lo importante. Y sí, tu secreto está a salvo conmigo. Sólo hiciste lo que debías, ni más ni menos. Aunque a veces no entiendas por qué debes actuar de cierta forma

- ¿Cómo puede leer mi pensamiento? - dijo Eariandes entre asombrada y molesta por esa invasión de su intimidad. Por lo visto a Aymriel no le pareció tan grave pues estalló con potentes carcajadas -.

- No leo tu mente. Sólo siento lo que tú sientes - dijo mientras reía - pero eso es algo que entenderás con el tiempo - y reanudó la marcha sin dejar de carcajearse-.

Los años que transcurrieron como discípula de Aymriel fueron arduos. Era una maestra estricta, pero cada una de sus enseñanzas entrañaba un inmenso amor.

Durante décadas fue su única pupila. Luego, Aymriel fue descubriendo nuevos potenciales. Su número era muy reducido. Según la antigua ellos eran seres excepcionales. Pero advertía que era fácil caer en la soberbia si se dejaban dominar por el *yo oscuro*. A pesar de su rareza y su poder, no eran superiores a ninguna criatura de la naturaleza, y su don debía estar al servicio de los demás.

Durante su aprendizaje, fue en pos de su maestra por tierras que le eran desconocidas. Se sentía protegida y segura. Por ello su temor hacia el futuro se fue disipando como la niebla ante los potentes y cálidos rayos del sol.